

EDITORIAL

Liliana Franco, ODN

Estamos en Adviento, caminamos con María y José. Hacemos la travesía con las/os millones de migrantes que, a pie, en tren o en patera van de un lado a otro de la geografía. Marchamos en condición de peregrinas/os con una Iglesia que se empeña en ser sinodal y que se aproxima a un jubileo que la renueve en la esperanza.



Y mientras caminamos y asistimos expectantes a lo que sucede en nuestro mundo, nos preocupa el afán de algunos por marcar límites, establecer fronteras, señalar diferencias que coartan el encuentro. Xenofobia, gerontofobia, homofobia, aporofobia¹... Tantas maneras de decirle al otro: "no existes", "no te veo", "no cabes", "no hay lugar para ti".

En la lógica del Reino no hay excluidas/os, todos tenemos un lugar y una misión. La fiesta es para todas/os. Jesús se aproximó a nuestra humanidad, para evidenciar que, en torno a la mesa, nos hacemos más humanos y lo suyo es un banquete sin límite, en el que todas/os cabemos.

En la Navidad celebramos que la humanidad ha seducido a nuestro Dios, hasta el punto de Encarnarse, de meterse en nuestra historia para revelarnos la plenitud de lo humano, lo radicalmente divino.

Por humanos, somos frágiles, con tendencia a la duda y al error, a la vulnerabilidad y al fracaso. Esa condición nos acerca más fácilmente a toda realidad y nos da conciencia de identidad y de pueblo. Por humanos, podemos reinventar cada día las respuestas y empezar de nuevo. Tenemos derecho al encuentro, al abrazo, a compartir el pan y la Palabra, al detalle, a la sonrisa, a la caricia del sol y del viento, al poema, a la esperanza... Y por humanos, Dios se abajó y posó su mirada enamorada sobre nosotras/os. La humanidad, lo enamora.

Dios se empeña en aproximarse a nuestra orilla. Nos llama, cuenta con los seres humanos, lo suyo es crear permanentemente y nos invita a ser cocreadores con El. A cada uno nos convoca, desde un carisma, un lugar, un tiempo y un modo distinto en la Iglesia.

Las tres vocaciones que configuran el rostro de la Iglesia son: la vocación a la vida laical, a la Vida Consagrada y al ministerio ordenado. A nosotras/os nos ha llamado a consagrar nuestra existencia en la Vida

¹ Término utilizado por Adela Cortina, para señalar la fobia a las/os pobres.

Religiosa, nos ha convocado a ser “los centinelas de la esperanza”. Y esta andadura la hacemos con otras/os, llamados a otras vocaciones... Cada vocación es un don para la Iglesia, ninguna se puede vivir de manera aislada o marginal y ninguna excluye a la otra, todas se complementan y son necesarias. Todas las formas de vida eclesial son don y gracia, compromiso y proyecto que da sentido a la existencia.

La Vida Consagrada palpita en el corazón de la Iglesia, en las distintas formas que la expresan: Vida Monástica en Oriente y Occidente, Orden de las Vírgenes, Vida Religiosa contemplativa, Vida Religiosa apostólica, Institutos Seculares, Institutos Clericales, Sociedades de Vida Apostólica, Nuevas Formas de Vida Consagrada. En un mundo necesitado de testigos creíbles, todas estas formas de consagración tienen un lugar significativo en la configuración del rostro de la Iglesia.

En este último Congreso de la CLAR realizado en Córdoba, Argentina, hemos celebrado y actualizado el deseo de vivir a plenitud nuestra vocación. Sin lugar a duda, en el seguimiento a Jesús, hay que renovar el sí cada día. En lo cotidiano, es necesario actualizar la experiencia de sentirse amadas/os, convocadas/os, enviadas/os.

La rutina, el cansancio, los excesos, la enfermedad, las dificultades que trae consigo la misión encomendada, tienden a disminuir las fuerzas, la alegría, la pasión primera y es entonces, en medio de esas noches prolongadas, cuando se pone a prueba cuál es la roca que cimienta la vida, cuál el amor que totaliza y da sentido, cuál la razón para vivir y desvivirnos.

Reavivar el fuego supone animarnos a seguir arraigando la vida en aquello que no caduca ni tiene fecha de expiración; lanzarnos a poner las fuerzas, las energías, las posibilidades, en todo proyecto que sea del Reino y para el Reino; en todo lo que, aunque pequeño, humaniza, dignifica, nos aproxima a la justicia, nos permite vivir más cálidamente, con más fraternidad y sororidad.

Estamos llamados a abrazar con alegría renovada, nuestra identidad de discípulas/os misioneros, para crecer en deseos de vivir sólo para lo fundamental y no enredarnos en minucias egoístas que le quitan gozo y sentido a nuestra entrega. Lanzarnos a trascender, a ir a lo profundo, a ver más allá y a renovar sencillamente nuestro frágil Sí, sabiendo bien de quién nos hemos fiado.

Dispongámonos a una lectura sosegada y orante de cada uno de los artículos de esta Revista CLAR. Un entramado de reflexiones y vivencias que nos resonaron en el Congreso y que hoy llegan hasta nosotras/os, hechas palabras que humanizan y que nos renuevan en la esperanza y en el deseo de vivir plenamente nuestra vocación.

Feliz Adviento y una Navidad en la certeza de “Dios con Nosotras/os”.